

Escritura clara, elegante, con algunos encuentros disonantes que son los únicos rasgos de modernidad atemperada que ofrece el cuarteto.

"El Cuarteto Criollo de Ascone nunca se oyó mejor tocado y más bien aprovechado en su colorido de ingenuo nativismo. Es una obra endeble, pero ejecutada con el entusiasmo que le dieron

los chilenos, pareció agradable y llevadera".

En el segundo concierto ofrecido por el Cuarteto de Cuerdas del Instituto, en Montevideo, este conjunto tocó las siguientes obras: Beethoven: Cuarteto Op 59, Nº 2; Ravel: Cuarteto en Fa, y Schubert: Cuarteto "La Muerte y la Doncella".

Conciertos Educativos

Durante los meses de octubre y noviembre, el Cuarteto de Cuerdas del Instituto dio 12 conciertos en las Escuelas

Universitarias para los alumnos de dichas facultades. Estos conciertos son gratuitos.

Ballet Nacional Chileno

La segunda temporada de ballet de 1957, del Ballet Nacional Chileno, se realizó en el Teatro Victoria, desde el 21 de octubre al 3 de noviembre inclusive, con funciones diarias en las que se presentaron los siguientes ballets: "La Mesa Verde", "La Gran Ciudad", "Pavana" y "Baile en la Antigua Viena" con coreografías de Kurt Jooss; "Carmina Burana", "Alotria", "Coppelia", "Capricho Vienés" y "Czardas en la Noche", con coreografía de Ernst Uthoff; "Bastión y Bastiana" con coreografía de Patricio Bunster; "Facade" con coreografía de Malucha Solari y "Fantasía" con coreografía de Hans Züllig. Además, se estrenó el nuevo ballet de Ernst Uthoff, "Milagro en la Alameda".

Se inició la temporada de ballet con un Festival Jooss, para conmemorar el vi-

gésimo quinto aniversario del estreno, en 1932 en París, de "La Mesa Verde", durante el Festival Internacional de Danza, en que esta obra de Jooss fue agraciada con el Primer Premio de la Danza.

La Orquesta Sinfónica de Chile, bajo la dirección de los maestros Víctor Tevah y Héctor Carvajal, participó en la temporada de Ballet y también el Coro de la Universidad de Chile. Actuaron como solistas en "Carmina Burana" y "Bastión y Bastiana", María Elena Guíñez, Georgeanne Vial y Miguel Concha.

El éxito artístico y de público del Ballet Nacional Chileno fue realmente extraordinario, tanto en las funciones regulares como en las a precios reducidos y muy especialmente en las presentaciones del nuevo ballet de Uthoff, "Milagro en la Alameda".

Estreno mundial de "Milagro en la Alameda"

Un cuento de hadas en el que Ernst Uthoff usa por primera vez temas y motivos nacionales, es el tema de este ballet que ha constituido uno de los éxi-

tos más resonantes y decisivos del Ballet Nacional Chileno.

"Milagro en la Alameda" es un cuento para niños de "ocho a ochenta años

relatado en danza y pantomima" con argumento y coreografía de Ernst Uthoff, música de Héctor Carvajal y Bayer, vestuario de Hedi Krassa y decorados de Thomas Rossner. Como explica Uthoff en el programa, "Este ballet no es sino la simple historia de dos niños que ven "milagrosamente" realizados sus deseos. Podría suceder en cualquier país; yo lo imaginé en Chile. Creo que puedo merecer vuestra benevolencia si no le encontráis un sabor auténticamente chileno; no nací en este país, pero sí mis hijos y espero que un día ellos os entregarán un espectáculo con todos los ingredientes chilenos que pueden faltar en el mío".

Este ballet no puede calificarse de criollista ni tiene intenciones de exaltación folklórica, pero es la visión de un gran artista que ha observado cuidadosamente muchos aspectos de nuestro pueblo y que ha sabido pintarlos a través de un lenguaje coreográfico en plena madurez. Lo chileno en este espectáculo se encuentra en las dos escenas de la calle frente a la juguetería, en el huaso y su china, en los suplementeros, en el barquillero, en la dama y caballero de otros tiempos, en las colegialas, en las gredas negras de Chillán, en la fonda y las guitarras, en la vendedora de ponchos. Son personajes de esta tierra contemplados por la mentalidad de un europeo, diferentes, tal vez, al enfoque que de ellos habría hecho un coreógrafo nacido en este país, pero no menos auténticos en la intención que a través de ellos se desea transmitir.

La cueca, el zapateado, la sajuriana, dejan de ser cueca, zapateado y sajuriana, en cuanto se las extrae de la órbita popular a que pertenecen; el campo,

la fonda, la fiesta con auténticas "cantoras" con guitarras y arpas destempladas y voces nasales. Una vez transportadas al escenario de un ballet, prima la estilización, pierden las raíces vernáculas y deben ser juzgadas con otro espíritu, al que tanto puede llegar el temperamento de un extranjero como de un chileno, cada uno con lo que es substancial a su personalidad.

Yolanda Montecino de Aguirre en "El Ilustrado", al juzgar este ballet, dijo: "Varios son los factores que han determinado el impacto que "Milagro en la Alameda" produce sobre el público. Entre ellos señalaremos, ante todo, la inteligente actitud del coreógrafo, de crear un ballet pensando en las condiciones más sobresalientes de cada bailarín, sin caer por ello en la vieja fórmula de los "divertissements" y las "entrés"... El ensamblar estos personajes en un todo plástico y armonioso requería la mano de un coreógrafo con verdadero oficio y experiencia. Uthoff logra aquí, con la excepción de cierto desequilibrio entre las escenas mimadas y los "ensembles" de los muñecos, una labor de mérito. Pantomima, danza, solos y escenas teatrales poseen la unidad precisa, y salvo algunos pasajes, como el del sueño de los niños mecidos por las nodrizas, nada está de más.

"El paso de la realidad de la calle con sus palomillas, pelusas y transeúntes, al reino del sueño y la fantasía, permite al coreógrafo dar fe de su dominio en este tipo de temas. La idealización, en el País del Sueño, de los personajes que aparecen en el primer cuadro, es uno de los mejores aciertos psicológicos de la obra, junto a la nota de humanidad y poesía, que emociona a los

espectadores de todas las edades ante la historia de Meche "que por buena merecía una muñeca", y Juanito, "que por un poncho hasta un baño se daría".

Hans Ehrmann-Ewart, en "El Debate", al juzgar el desempeño de los bailarines, comenta: "Virginia Roncal tuvo por primera vez la oportunidad de mostrar en escena su gran seguridad técnica en puntas; no sólo se lució en sus Variaciones, sino que impregnó al Hada Madrina de una serena dignidad, sobrenatural y al mismo tiempo afectuosa.

"María Elena Aránguiz y José María Uribe, como Meche y Juanito, respectivamente, matizaron muy bien las reacciones de sus personajes, frente a las diversas situaciones que éstos deben atravesar y también bailaron muy bien, sin apartarse por un sólo momento de sus caracterizaciones. José María Uribe se destaca como una de las más firmes promesas de la nueva generación del Ballet.

"Entre los "nuevos" también llamó la atención, Armando Contador, no sólo por su acrobática danza, sino por ha-

ber sabido, además, dotar al Chino de cierta individualidad.

"Unanue y Escauriaza, como los Peleles, brindaron una de las mejores secuencias con su —aparente— desarticulada danza; el Trompo (Chela Gilberto) dio la nota efectiva que entusiasmó al público, pero careció de pureza técnica.

"En papeles menores, Adriana Torres, creó un personaje interesante como la vendedora de ponchos y Heinz Poll tuvo un buen rendimiento en dos papeles.

"Mañucha Solari supo dar gracia a un papel (Laucha Andaluza), que fácilmente podría haber caído en la vulgaridad.

"Fue muy satisfactorio el rendimiento de los bailarines. Todos los papeles, por pequeños que fueran, hacían fuertes exigencias a los intérpretes y los artistas respondieron muy bien a las mismas. Hasta el punto de que posiblemente ya pueda comenzar a hablarse de un estilo propio de los bailarines del conjunto, que se definiría por una fusión de la danza, con la caracterización de los personajes respectivos".